

ventanas de perdición por donde nos entra la muerte. Y especialmente las personas dadas á la oración tienen particular necesidad de poner mayor recaudo en este sentido, no solo por la guarda de la castidad, sino también por el recogimiento del corazón; porque de otra manera las imágenes de las cosas que por estas puertas se nos entran, dejan el ánimo pintada de tantas figuras, que cuando se pone á orar ó meditar, la molestan é inquietan, y hacen que no pueda pensar sino en aquello que tiene delante. Por donde las personas espirituales procuran traer la vista tan recogida, que no solamente no quieren poner los ojos en las cosas que les pueden empecer, mas aun se guardan de mirar la hermosura de los edificios, y las imágenes de las ricas tapicerías y cosas semejantes, para tener mas desnuda y limpia la imaginación al tiempo que han de tratar con Dios; porque tal es y tan delicado este ejercicio, que no solo se impide con los pecados, sino también con las representaciones de las imágenes y figuras de las cosas, puesto caso que no sean malas.

En los oídos también conviene poner el mismo cobro que en los ojos; porque por estas puertas entran muchas cosas en nuestra ánima que la inquietan, distraen y ensucian. Y no solo nos debemos guardar de oír palabras perjudiciales (como ya dijimos), sino también nuevas de cosas que pasan por el mundo, que no nos tocan; porque los que destas cosas no se guardan, después lo vienen á pagar al tiempo del recogimiento, donde se les ponen delante las imágenes de las cosas que oyeron; las cuales de tal manera ocupan sus corazones, que no les dejan puramente pensar en Dios.

Del sentido del oler no hay que decir; porque traer olores, ó ser amigo dellos (demás de ser una cosa muy lasciva y sensual), es cosa infame, y no de hombres, sino de mujeres, y aun no de buenas mujeres.

Del gusto había mas que decir; pero desto ya se trató en el párrafo precedente, donde hablamos de la virtud de la abstinencia.

§. IV.

De la guarda de la lengua.

De la lengua hay mucho que decir, pues dijo el Sabio (a): La muerte y la vida están en manos de la lengua. En las cuales palabras dió á entender que todo el bien y mal del hombre consistía en la buena ó mala guarda deste órgano. Y no menos encareció este negocio el apóstol Santiago, cuando dijo (b): Que así como los navíos grandes se rigen con un pequeño gobernalle, y los caballos poderosos con un pequeño freno, así quien quiera que trajere muy bien gobernada su lengua, será poderoso para enfrenar y poner en orden todo lo demás de la vida. Pues para el buen gobierno desta parte conviene que todas las veces que habláremos, tengamos atención á cuatro cosas: conviene saber, á lo que se dice, y á la manera en que se dice; al tiempo en que se dice, y al fin con que se dice.

Y primeramente en lo que se dice (que es la materia de que hablamos) conviene guardar aquello que el Apóstol aconseja, diciendo (c): Toda palabra mala no salga por vuestra boca, sino la que fuere buena y provechosa para edificar los oyentes. Y en otro lugar especificando mas las palabras malas, dice (d): Palabras torpes, y locas, y chocarrerías, ó truhanerías que no convienen para la

(a) Prov. 18. (b) Jacob. 3. (c) Ephes. 4. (d) Ephes. 5.

gravidad de nuestro instituto, no se nombren entre vosotros. Por donde así como dicen que los sabios marineros tienen marcados en la carta de marear todos los bajos en que las naos podrían peligrar, para guardarse dellos; así el siervo de Dios debe también tener señaladas todas estas especies de palabras malas, de que siempre se debe guardar, para no peligrar en ellas. Y no menos debes ser fiel en el secreto que te encomendaron, y tener por otra roca no menos peligrosa que las pasadas, descubrir el negocio que de tí se confió.

En el modo del hablar conviene mirar que no hablemos ni con demasiada blandura, ni con demasiada desenvoltura, ni apresuradamente, ni curiosa y polidamente; sino con gravedad, con reposo, con mansedumbre, con llaneza, y simplicidad. A este modo pertenece también no ser el hombre porfiado, y cabezudo, y amigo de salir con la suya; porque muchas veces por aquí se pierde la paz de la conciencia, y aún la caridad, y la paciencia, y los amigos. De largos y generosos corazones es dejarse vencer en semejantes contiendas; y de prudentes y discretos varones cumplir aquello que nos aconseja el Sabio, diciendo (e): En muchas cosas conviene que te hayas como hombre que no sabe, y oye callando, y preguntando á los que saben.

Lo tercero conviene mirar demás del modo, que digamos también las cosas en su tiempo; porque, como dice el Sabio (f): De la boca del loco no es bien recibida la palabra sentenciosa; porque no la dice en su tiempo. Lo último después de todo esto, conviene mirar el fin y la intención que tenemos cuando hablamos; porque unos hablan cosas buenas por parecer discretos, otros por venderse por agudos y bien hablados: de lo cual lo uno es hipocresía y fingimiento, y lo otro vanidad y locura. Y por esto conviene mirar que no solo sean las palabras buenas, sino también el fin sea bueno: pretendiendo siempre con purísima intención la gloria de solo Dios, y el provecho de nuestros prójimos.

También conviene después de todo esto, mirar quién habla: porque hablar mozos donde están viejos, y simples donde están sabios, y seglares en presencia de sacerdotes y religiosos; y finalmente donde quiera que no se recibirá bien lo que se dice, ó parecerá presunción decirse, es muy loable y necesaria cosa callar.

Todos estos puntos y acentos ha de mirar el que habla, para que no yerre. Y porque no es de todos mirar todas estas circunstancias, por eso es gran remedio acogerse al puerto del silencio, donde con solo cuidado y atención de callar cumple el hombre con todas estas observancias y obligaciones. Por lo cual dijo el Sabio (g): Que aun el loco si callase, sería tenido por sabio; y si cerrase sus labios, á muchos parecería discreto.

§. V.

De la mortificación de las pasiones.

Concertando desta manera el cuerpo con todos sus sentidos, quedamos agora la mayor parte deste negocio, que es el concierto del ánimo con todas sus potencias. Donde primeramente se nos ofrece el apetito sensitivo, que comprehende todos los afectos y movimientos naturales, como son amor, odio, alegría, tristeza, deseo, temor, esperanza, ira, y otros semejantes afectos.

Este apetito es la mas baja parte de nuestra ánima, y por consiguiente la que mas nos hace semejantes á bes-

(e) Eccles. 32. (f) Eccles. 20. (g) Prov. 17.

tias, las cuales en todo y por todo se rigen por estos apetitos y afectos. Esta es la que mas nos acevila y abate á la tierra, y mas nos aparta de las cosas del cielo. Esta es la fuente y el veneno de todos cuantos males hayen en el mundo, y la que es causa de nuestra perdición; porque, como dice Sant Bernardo (a), cese la propia voluntad (que son los deseos deste apetito), y no habrá para quien sea el infierno. Aquí principalmente está todo el almacén, y toda la munición del pecado; porque de aquí toma fuerzas y armas, y aquí toma todos sus filos y aceros para herirnos mas agudamente. Esta es otra nuestra Eva (que es la parte mas flaca y mas mal inclinada de nuestra ánima), por la cual aquella antigua serpiente acomete á nuestro Adam (b), que es la parte superior della, donde está el entendimiento y la voluntad, para que quiera poner los ojos en el árbol vedado. Esta es donde mas se descubren y señalan las fuerzas del pecado original, y donde mas poderosamente empleó toda la fuerza de su ponzoña. Aquí son las batallas, aquí las caídas, aquí las victorias, aquí las coronas: quiero decir, que aquí son las caídas de los flacos, aquí las victorias de los esforzados, y aquí las coronas de los vencedores, y aquí finalmente toda la milicia y ejercicio de la virtud; porque en domar estas fieras, y enfrenar estas bestias bravas, consiste una muy gran parte del ejercicio de las virtudes morales.

Esta es la viña que tenemos siempre de cavar; esta la huerta que tenemos de escardar; estas las malas plantas que tenemos de arrancar, para plantar en su lugar las de las virtudes.

Pues según esto el principal ejercicio del siervo de Dios es andar siempre por esta huerta con un escardillo en la mano, entresacando las malas yerbas de las buenas: ó por otra comparación, estar siempre como el gobernador de un carro sobre estas pasiones para reprimirlas, y regirlas, y enderezarlas; unas veces alojando las riendas, otras recogéndo las, para que no vayan al paso que ellas quisieren, sino al que quiere la ley de la razón.

Este es el ejercicio principal de los hijos de Dios, los cuales no se rigen ya por afectos de carne ni sangre, sino por el espíritu de Dios. En esto se diferencian los hombres carnales de los espirituales: que los unos á manera de bestias brutas se mueven por estos afectos, y los otros por espíritu de Dios y por razón. Esta es aquella mortificación y aquella mirra tan alabada en las Escrituras sagradas.

Esta es la muerte y la sepultura á que tantas veces nos convida el Apóstol (c). Esta es la Cruz y el negamiento de sí mismo que nos predica el Evangelio (d). Esto el hacer juicio y justicia, que tantas veces nos repiten los salmos y profetas (e). Y por esto aquí principalmente conviene emplear todos nuestros trabajos, nuestras fuerzas, nuestras oraciones y ejercicios.

Y particularmente conviene que, cada uno tenga muy bien entendida su natural condición, y sus inclinaciones, y allí tenga siempre mayor recaudo donde sintiere mayor peligro. Y aunque hayamos de tener siempre guerra con todos nuestros apetitos, pero especialmente la conviene tener con los deseos de honra, de deleites, y de bienes temporales, porque estas son las tres principales fuentes y raíces de todos los males. Miremos también no seamos apetitosos: esto es, muy amigos de que

se haga siempre nuestra voluntad, y se cumplan todos nuestros apetitos; que es un vicio muy aparejado para grandes desasosiegos y caídas, muy familiar á grandes señores, y á todas las personas criadas y habituadas en hacer su voluntad. Para lo cual muchas veces aprovechará ejercitarnos en cosas contrarias á nuestros apetitos, y negar nuestra propia voluntad aun en las cosas lícitas; para que así estemos mas diestros y fáciles para negarla en las ilícitas. Porque no menos se requieren estos ensayos y ejercicios para ser diestros en las armas espirituales, que en las carnales; sino tanto mas, cuanto es mayor victoria vencer á sí, y vencer demonios, que vencer todo lo demás. Debemos también ejercitarnos en oficios humildes y bajos, sin tener cuenta con el decir de las gentes: pues tan poco es lo que el mundo puede dar ni quitar al que tiene á Dios por su tesoro y heredad.

§. VI.

De la reformation de la voluntad

Para alcanzar esta mortificación susodicha, ayuda en grande manera la reformation y ornamento de la voluntad superior (que es el apetito racional); la cual tenemos de adornar con estos tres sanctos afectos (entre otros muchos) que para esto sirven: que son, humildad de corazón, pobreza de espíritu, y odio sancto de sí mismo. Porque estas tres cosas hacen mas fácil el negocio de la mortificación. La humildad es, como la define Sant Bernardo (f), desprecio de sí mismo, que nace del profundo y verdadero conocimiento de sí mismo. A la cual virtud pertenece desterrar del ánimo todos los ramos é hijos de la soberbia, con todos los apetitos y deseos de honra, y ponerse en el mas bajo lugar de las criaturas, creyendo que cualquier otra criatura á quien nuestro Señor diese los aparejos para bien vivir que ha dado á él, los agradecería mejor, y se aprovecharía mas dellos que él. Y no basta que tenga el hombre dentro de sí este reconocimiento y desprecio; sino que procure tratarse en lo de fuera lo mas llana y humildemente que le sea posible (según la cualidad de su estado), haciendo poco caso de los juicios y voces del mundo que á esto contradijeren. Para lo cual conviene que todas nuestras cosas den olor de pobreza, bajeza y humildad, sujetándonos por amor de Dios, no solo á los mayores é iguales, sino también á los menores. La segunda cosa que para esto se requiere, es pobreza de espíritu, que es un menosprecio voluntario de las cosas del mundo, y un contentamiento con la suerte que Dios nos dió (por muy pobre que sea), la cual corta de un golpe la raíz de todos los males, que es la cobdicia (g), y pone al hombre en tanta paz y sosiego de corazón, que osó decir della Séneca estas palabras: El que tiene cerrada la puerta á los deseos de su cobdicia, bien puede competir con Júpiter en la felicidad y bienaventuranza. Dando á entender que pues la felicidad del hombre es la hartura de los deseos de su corazón, quien ha llegado á tener sosegados estos deseos, ya ha llegado á la cumbre de la felicidad, ó á lo menos tiene alcanzado gran parte della.

El tercero afecto es el odio sancto de sí mismo, de que dice el Salvador (h): El que ama su vida, ese la destruye; y el que la aborresce, ese la guarda para la vida eterna. Lo cual no se entiende del mal odio (como el que tienen los hombres aborridos y desesperados), sino del

(a) De Resurrect. Dom. serm. 3. S. Thom. 1. 2. q. 77. art. 4. (b) 2. Cor. 11. (c) Rom. 8. etc. (d) Math. 16. etc. (e) Psalm. 118. etc. Isai. 1. etc. Hier. 22. etc. Ezech. 18. etc. Mich. 6.

(f) Serm. 4. de Adv. Dom. in med. Et sup. Cant. ser. 36. (g) 1. Tim. 6. (h) Ioan. 12.

que tuvieron los santos á su propia carne, como á quien les fué causa de muchos males, y siempre estorbo de muchos bienes: no tratándola conforme á su gusto y apetito, sino conforme á lo que pide la ley de la razón; la cual muchas veces quiere que la trayamos arrastrada, y maltratada, y hecha un estropajo del espíritu, para que á costa della se haga lo que conviene á él. Porque de otra manera vendrá á ser lo que dice el Sabio (a): El que cria regaladamente á su criado desde su niñez, despues le hallará rebelde y contumaz, cuando se quiera servir dél.

Por donde se nos amonesta en otro lugar que como á bestia mal domada le démos de palos y sofrenadas, y la tengamos presa con unas sueltas, y la hagamos trabajar; porque no esté ociosa, y así se haga soberbia y maliciosa. Pues este santo odio señaladamente aprovecha para el negocio de la mortificacion (que es para mortificar y cortar todos nuestros malos deseos, aunque duela); porque de otra manera; cómo será posible herir de agudo, y sacar sangre, y dar gran golpe en cosa que mucho amamos? Porque el brazo y fortaleza de la mortificacion toma las fuerzas emprastadas, no solo del amor de Dios, sino tambien del odio sancto de sí mismo; y con ellas tiene ánimo, no de piadoso, sino de severo zurrano, para cortar por do quiera que le pide la corrupcion de los miembros dañados, sin alguna piedad. Destas tres virtudes susodichas, que son humildad, pobreza de espíritu, y odio sancto de sí mismo, y así tambien de la mortificacion de muchas pasiones, que se trató en el capítulo pasado, como de cosas mas principales en la vida espiritual, habia mucho mas que decir; pero esto quedará para otros lugares, donde estas materias se tratarán mas de propósito de lo que conviene á memorial.

§. VII.

De la reformation de la imaginacion.

Despues destas dos potencias apetitivas hay otras dos (si se sufre decir) cognoscitivas, que son imaginacion y entendimiento; las cuales corresponden á las dos precedentes, para que cada cual de los dos apetitos susodichos tenga su guía, y su conocimiento proporcionado. Pues la imaginacion (que es la mas baja dellas), es una de las potencias de nuestra ánima que mas desmandadas quedaron por el pecado, y ménos subjectas á la razón. De donde nasce que muchas veces se nos va de casa, como esclavo fugitivo, sin licencia; y primero ha dado una vuelta al mundo que echemos de ver adonde está. Es tambien una potencia muy apetitosa y cobdiciosa de pensar todo cuanto se le pone delante, á manera de los perros golosos, que todo lo andan probando, y trastornando, y en todo quieren meter el hocico, y aunque á veces los azoten y echen á palos, siempre se vuelven al regosto. Es tambien una potencia muy libre y muy certera, como una bestia salvaje, que se anda de otero en otero, sin querer sufrir sueltas, ni cabestro, ni dueño que la gobierne.

Y demas de tener ella de suyo estas malas mañas, hay algunos que acrescientan su malicia con negligencia, tratándola como á un hijo regalado, al cual dejan discurrir por todas cuantas cosas quiere sin contradiccion: de donde nasce que despues cuando la quieren quietar en la consideracion de las cosas divinas, no les obedece por el mal hábito que tiene cobrado. Por lo cual conviene que entendidas las malas mañas desta bestia, le acor-

(a) Prov. 29.

temos los pasos, y la atemos á un pesebre (que es á la consideracion sola de las cosas buenas ó necesarias), poniéndole perpetuo silencio en lo demas. De suerte que así como atamos arriba la lengua para que no hablase sino palabras buenas ó necesarias (b), así tambien atemos la imaginacion á buenos y sanctos pensamientos, cerrando la puerta á todos los otros.

Para lo cual conviene que haya de nuestra parte grande discrecion y vigilancia para examinar cuales pensamientos debemos admitir, y cuales desechar; para que á los unos recibamos como á amigos, y á los otros desechemos como á enemigos. Porque los que en esto son desprovistos, muchas veces dejan entrar en su ánima cosas que le quitan no solamente la devocion y el fervor de la caridad, sino tambien la mesma caridad en que está la vida del ánima. Durmióse la portera del rey Isboseth (c), que estaba limpiando el trigo á la puerta de su recámara, y entraron dos ladrones famosos, y cortaron la cabeza al Rey. Desta manera pues cuando se duerme la discrecion, que tiene por oficio escoger y apartar la paja del grano (que es el buen pensamiento del malo), entran tales pensamientos en el ánima, que muchas veces le quitan la vida.

Y no solo para conservar esta vida, sino tambien para el silencio y recogimiento de la oracion vale mucho esta diligencia; porque así como la imaginacion inquieta y corredora no deja tener oracion sosegada, así la recogida y habituada á sanctos pensamientos fácilmente persevera y se quieta en ellos.

§. VIII.

De la reformation del entendimiento.

Despues de todas estas partes y potencias del hombre, resta la mas alta y mas noble de todas, que es el entendimiento; el cual entre otras virtudes ha de ser adornado con aquella altísima y rarísima virtud de la prudencia y discrecion. Esta virtud en la vida espiritual es lo que los ojos en el cuerpo, lo que el piloto en el navio, lo que el rey en el reino, y lo que el gobernador en el carro, que tiene por oficio llevar las riendas en la mano, y guiarlo por donde ha de caminar. Sin esta virtud la vida espiritual sería toda ciega, desprovista, desconcertada, y llena de confusion. Por donde aquel bienaventurado padre Antonio (d) en un ayuntamiento que tuvo con otros santos monges (donde se trataba de la excelencia de las virtudes), vino á poner esta en altísimo lugar, como á guía y maestra de todas las otras. Por donde todos los amadores de la virtud deben señaladamente poner sus ojos en ella, para que así puedan aprovechar mas en todas las otras.

Esta virtud no tiene un oficio solo, sino muchos y diversos; porque no solo es virtud particular, sino tambien general, que entreviene en los ejercicios de todas las otras virtudes, dando orden en todo lo que conviene. Y segun este oficio general trataremos aquí de algunos actos que á ella pertenescen. Porque primeramente á la prudencia pertenesce (presupuesta la fe y la caridad) enderezar todas nuestras obras á Dios, como á nuestro último fin, examinando sutilmente la intencion que tenemos en las obras que hacemos: para ver si buscamos puramente á Dios, ó si á nosotros; porque la naturaleza del amor proprio, como dice un doctor (e),

(b) Supra §. 4. (c) 2. Reg. 4. (d) Cassian. 2. Collatione de discretione, c. 2. (e) Thomas de Kempis, lib. 5. de Contentu mundi, c. 54.

muy sutil, y en todas las cosas busca á sí mismo, aun en los muy altos ejercicios.

Prudencia es tambien saber tratar con los prójimos, para que les aprovechemos, y no escandalicemos. Para lo cual conviene prudentemente tomar el pulso á la condicion y espíritu de cada uno, y llevarlo por aquellos medios por donde pueda ser mejor encaminado.

Prudencia es tambien saber sufrir los defectos de los otros, y dar pasada á las flaquezas ajenas (a), y no querer descarnar las llagas hasta el hueso; acordándose que todas las cosas humanas están compuestas de acto y potencia, esto es, de perfecto ó imperfecto, y que no puede dejar de haber infinitas imperfecciones y defectos en la vida, especialmente despues de aquella gran caída de la naturaleza por el pecado. De donde así como dijo Aristóteles que no era de hombre sabio pedir igual certidumbre y averiguacion en todas las materias (porque unas se pueden claramente averiguar y otras no); así tampoco es de hombre prudente pedir que todas las cosas humanas estén tan sentadas por nivel, que no haya mas que desear; porque unas pueden sufrir esto, y otras no. Y el que pusiese piés en pared por hacer violentamente lo contrario, por ventura causaria mas daño con los medios que para esto tomase, que provecho con el fin que pretendiese, aunque saliese con él.

Prudencia es tambien conocer el hombre á sí mismo, y tener muy bien entendido todo lo que hay de sus puertas á dentro: conviene á saber, todos sus resabios, sus niestros apetitos, y malas inclinaciones, y finalmente, su poco saber, y poca virtud; para que no presuma de sí vanamente, y para que mejor entienda con qué género de enemigos ha de tener guerra continua, hasta acabar de echarlos fuera de la tierra de promision (que es su ánima), y con cuánta solicitud y atencion le conviene velar sobre esto.

Prudencia es tambien saber gobernar la lengua conforme á las leyes y circunstancias que arriba dijimos (b), y entender muy bien lo que se debe hablar, y lo que se debe callar, y el tiempo de lo uno y de lo otro; porque (como dice Salomon) hay tiempo de hablar, y tiempo tambien de callar; pues nos consta que en la mesa, y en los convites, y en otras cosas semejantes, con mayor alabanza calla el sabio, que habla.

Prudencia es no fiarse de todos, ni derramar luego todo su espíritu con el calor de la plática, ni decir luego todo lo que el hombre siente de las cosas; pues como dice el Sabio (c): Todo su espíritu derrama el necio; mas el sabio detiénese, y guarda las cosas para adelante. Mas el que se fia de quien no se debe fiar, siempre vivirá en peligro, y será perpetuo esclavo de quien se fió.

Prudencia es saber el hombre repararse ántes de los peligros, y sangrarse en sanidad, y oler dende léjos la guerra que se puede levantar en tales y tales negocios, y repararse primero con oraciones y consideraciones para lo que podrá suceder. Este aviso es del Ecclesiástico, que dice (d): Antes que venga la enfermedad apareja la medicina. Por lo cual cuando fueres á fiestas, á convites, ó á tratar con hombres rijosos, y mal acondicionados, ó á lugares donde se puede ofrecer alguna ocasion, ó peligro, siempre debes ir proveido, y reparado para lo que podría suceder.

(a) Ad Gal. 6. Vide S. Thom. 2. 2. q. 55. art. 4. ad. 3. (b) Sup. §. 4. (c) Prov. 29. (d) Eccl. 18.

Prudencia es tambien saber tratar el cuerpo con discrecion y templanza (e); para que ni lo regalemos, ni lo matemos: ni le quitemos lo necesario, ni le demos lo superfluo, trayéndolo castigado, y no casi muerto; para que ni nos falte en el camino por flaqueza, ni derribe al que va encima con la hartura y abundancia.

Prudencia es tambien muy grande saber tomar las ocupaciones (por honestas que sean) con templanza; para que no ahogemos el espíritu con el demasiado trabajo, á quien todas las cosas (como dice San Francisco en su Regla) deben servir; y para que de tal manera nos entreguemos á las cosas exteriores, que no perdamos las interiores; y así entendamos en los ejercicios del amor del prójimo, que no perdamos las del amor divino. Porque si los apóstoles (f), que tanto espíritu y suficiencia tenían para todo, se desembarazaron de algunas cosas menores por no faltar en las mayores, nadie debe presumir tanto de sus fuerzas, que piense bastar para todo; pues es cierto que por la mayor parte aprietta poco quien abarca mucho.

Prudencia es tambien entender las artes y celadas del enemigo, sus entradas, y sus salidas, y sus reveses; y no creer á todo espíritu (g), ni dejarse vencer de cualquier figura de bien; pues muchas veces Satanás se transfigura en ángel de luz (h), y trabaja por engañar siempre á los buenos con especie de bien. Y por esto de ningun peligro nos debemos mas recatar, que de aquél que viene con máscara de virtud. A lo ménos es cierto que á los muy determinados en el bien, comunmente acomete el demonio por esta via.

Prudencia es tambien saber temer, y saber acometer; saber cuándo es ganancia perder, y cuándo es pérdida ganar; y sobre todo, saber despreciar los juicios y pareceres del mundo, y el decir de las gentes, y los ladridos de los guzques que nunca cesan de ladrar sin propósito; acordándose que está escrito (i): Si hiciere caso de agrandar á los hombres, no me tendria por siervo de Cristo. A lo ménos esto es cierto, que ninguna mayor locura puede hacer un hombre, que regirse por una bestia de tantas cabezas como es el vulgo, que ningun tanto ni consideracion tiene en lo que dice. Bien es no escandalizar á nadie, y temer donde hay razon de temer, y bien es no moverse á todos vientos. Pues hallar medio entre estos extremos, oficio es de prudencia singular.

§. IX.

De la prudencia en los negocios.

No ménos se requiere prudencia para acertar en los negocios, y no caer en yerros, que despues no se puedan curar sin grandes inconvenientes; con que muchas veces se pierde la paz de la consciencia, y se perturba la órden de la vida. Para lo cual podrán algun tanto aprovechar los avisos siguientes.

El primero de los cuales es del Sabio, que dice (k): Tus ojos estén siempre atentos á la rectitud, y tus párpados miren primero los pasos que has de dar. Donde nos aconseja que no nos arrojemos inconsideradamente á las cosas que se han de hacer; sino que ante toda obra preceda maduro consejo y deliberacion. Para lo cual hallo ser cinco cosas necesarias. La primera encomendar á nuestro Señor los negocios. La segunda pensarlos

(e) Vide S. Thom. 2. 2. q. 168. art. 2. (f) Act. 6. (g) 1. Ioan. 4. (h) 2. Cor. 11. (i) Gal. 1. (k) Prov. 4.

primero muy bien pensados, con toda atencion y discrecion, mirando no solamente la sustancia de la obra, sino tambien todas las circunstancias della; porque una sola que falte, basta para condenacion de todo lo que se hace. Porque aunque sea muy acabada la obra, y muy bien circunstanciada, solo hacerse sin tiempo basta para poner mácula en ella. La tercera tomar consejo, y tratar con otros lo que se ha de hacer; mas estos sean pocos, y muy escogidos; porque aunque es provechoso oír los pareceres de todos para ventilar la causa, pero la determinacion ha de ser de pocos, para no errar en la sentencia. La cuarta y muy necesaria es dar tiempo á la deliberacion, y dejar madurar el consejo por algunos dias; porque así como se conocen mejor las personas con la comunicacion de muchos dias, así tambien lo hacen los consejos. Muchas veces una persona á las primeras entradas parece uno, y despues descubre otro; y así lo hacen á veces los consejos y determinaciones; que lo que á los principios agradaba, despues de bien considerado viene á desagradar. La quinta cosa es guardarse de cuatro madrastras que tiene la virtud de la prudencia, que son: precipitacion, pasion, obstinacion en el proprio parecer, y repunta de vanidad. Porque la precipitacion no delibera, la pasion ciega, la obstinacion cierra la puerta al buen consejo, y la vanidad (do quiera que entreviene) todo lo tizna.

A esta mesma virtud pertenesce huir siempre los extremos, y ponerse en el medio; porque la virtud y la verdad huyen siempre de los extremos, y ponensu silla en este lugar. Por donde ni todo lo condenes, ni todo lo justifiques; ni todo lo niegues, ni todo lo concedas; ni todo lo creas, ni todo lo dejes de creer; ni por la culpa de pocos condenes á muchos, ni por la sanctidad de algunos apruebes á todos: sino en todo mira siempre el fiel de la razon, y no te dejes llevar del impetu de la pasion á los extremos.

Regla es tambien de prudencia no mirar á la antigüedad y novedad de las cosas para aprobarlas ó condenarlas; porque muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas, y otras hay muy nuevas y muy buenas, y ni la vejez es parte para justificar lo malo, ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno (a): sino en todo y por todo hinca los ojos en los méritos de las cosas, y no en los años. Porque el vicio ninguna cosa gana por ser antiguo, sino ser mas incurable; y la virtud ninguna cosa pierde por ser nueva, sino ser menos conocida.

Regla es tambien de prudencia no engañarse con la figura y apariencia de las cosas, para arrojarse luego á dar sentencia sobre ellas; porque ni es oro todo lo que reluce, ni bueno todo lo que parece bien; y muchas veces debajo de la miel hay hiel, y debajo de las flores espinas. Acuérdate que dice Aristóteles que algunas veces tiene la mentira mas apariencia de verdad que la mesma verdad; y así tambien podrá acaescer que el mal tenga mas apariencia de bien que el mesmo bien.

Sobre todo esto debes asentar en tu corazon que así como la gravedad y peso en las cosas es compañera de la prudencia, así la facilidad y liviandad lo es de la locura. Por lo cual debes estar muy avisado, no seas fácil en estas seis cosas, conviene saber:

1. En creer.
2. En conceder.
3. En prometer.

(a) Prov. 11.

4. En determinar.
5. En conversar livianamente con los hombres.
6. Y mucho menos en la ira.

Porque en todas estas cosas hay conocido peligro en ser el hombre fácil y lijero para ellas. Porque creer livianamente es liviandad de corazon; prometer fácilmente es perder la libertad; conceder fácilmente es tener de qué arrepentirse; determinarse fácilmente es ponerse á peligro de errar, como hizo David en la causa de Miphiboseth (b); facilidad en la conversacion es causa de menosprecio; y facilidad en la ira es manifesto indicio de locura. Porque escripto está (c) que el hombre que sabe sufrir, sabrá gobernar su vida con mucha prudencia; mas el que no sabe sufrir no podrá dejar de hacer grandes locuras.

§. X.

De algunos medios por donde se alcanza esta virtud.

Para alcanzar esta virtud (entre otros medios) aprovecha mucho la experiencia de los yerros pasados, y tambien de los acertamientos y buenos sucesos, así propios como ajenos; porque de aquí se toman ordinariamente muchos avisos y reglas de prudencia. Y por la mesma razon se dice que la memoria de lo pasado es muy familiar ayudadora y maestra de la prudencia, y que el dia presente es discípulo del pasado, pues, como dice Salomon (d), lo que será es lo que fué; y lo que fué, es lo que será. Y por esto por lo pasado podremos juzgar lo presente, y por lo presente lo pasado.

Mas sobre todo ayuda para alcanzar esta virtud la profunda y verdadera humildad de corazon, así como lo que mas la impide es la soberbia; porque escripto está que donde está la humildad, ahí está la sabiduría (e). Y demas desto todas las escripturas claman que Dios enseña á los humildes, y que es maestro de los pequeños, y que á ellos comunica sus secretos (f). Mas con todo esto no ha de ser tal la humildad que se rinda á cualesquier pareceres, y se deje llevar de todos vientos; porque esta ya no sería humildad, sino inestabilidad y flaqueza de corazon. En lo cual quiso proveer el Sabio, cuando dijo (g): No quieras ser humilde en tu sabiduría: dando á entender que en las verdades que tiene el hombre con justos y católicos fundamentos asentadas, ha de ser constante, y no se ha de mover á lumbre de pajas (como hacen algunos flacos), ni dejarse llevar de cualesquier pareceres.

Lo último que ayuda á alcanzar esta virtud es la humilde y devota oracion; porque como uno de los principales officios del Espíritu Sancto sea alumbrar el entendimiento con el don de la ciencia, sabiduría, consejo y entendimiento, cuanto el hombre con mayor devocion y humildad se presentare delante dél con corazon de discípulo y de niño, tanto será mas claramente enseñado, y lleno de estos dones celestiales.

Mucho nos habemos alargado en tratar desta virtud; porque como ella sea la guia de todas las otras, era necesario procurar que la guia no fuese ciega; porque no quedase á oscuras y sin ojos todo el cuerpo de las virtudes. Y porque todo esto sirve para justificar y ordenar el hombre para consigo mesmo (que es la primera parte de justicia que arriba pusimos), será bien que digamos ya de la segunda, que nos ordena para con el prójimo.

(b) 2. Reg. 9. (c) Prov. 14. (d) Eccles. 1. (e) Prov. 11. (f) Psal. 8. Math. 11. 1. Petr. 5. Jacobí 4. (g) Eccl. 15.

CAPITULO XVI.

De lo que el hombre debe hacer para con el prójimo.

La segunda parte de justicia es hacer el hombre lo que debe para con sus prójimos (a): que es usar con ellos de aquella caridad y misericordia que Dios nos manda. Que tan principal sea esta parte, y cuánto nos sea encomendada en las Escripturas divinas (que son los maestros y adalides de nuestra vida), no lo podrá creer sino quien las hubiere leído. Lee los Profetas, lee los Evangelios, lee las Epístolas sagradas, y verás tan encarecido este negocio, que te pondrá admiracion. En Isaías (b) pone Dios una muy principal parte de justicia en la caridad, y buen tratamiento de los prójimos. Y así cuando los judíos se quejaban, diciendo: ¿Por qué, Señor, ayunamos, y no miraste nuestros ayunos; afligimos nuestras ánimas, y no heciste caso dello? respóndele Dios: Porque en el dia del ayuno vivís á vuestra voluntad, y no á la mia; y apretáis, y fatigáis á todos vuestros deudores. Ayunáis; mas no de pleitos, y contiendas, ni de hacer mal á vuestro prójimo. No es pues ese el ayuno que me agrada, sino este: Rompe las escripturas y contratos usurarios; quita de encima de los pobres las cargas con que los tienes oprimos; deja en su libertad á los afligidos y necesitados, y sácalos del yugo que tienes puestos sobre ellos; de un pan que tuvieres parte el medio con el pobre, y acoge á los necesitados y peregrinos en tu casa. Y cuando esto hicieres, y abrieres tus entrañas al necesitado, y le socorrieres, y dieres hartura, entónces te haré tales y tales bienes: los cuales prosigue muy copiosamente, hasta el fin deste capítulo. Ves aquí pues, hermano, en qué puso Dios una gran parte de la verdadera justicia, y cuán piadosamente quiso que nos hubiésemos con nuestros prójimos en esta parte.

Pues ¿qué diré del apóstol Sant Pablo (c)? ¿En cuál de sus Epístolas no es esta la mayor de sus encomiendas? ¿Qué alabanzas predica de la caridad, cuánto la engrandesce, cuán por menudo cuenta todas sus excelencias, cómo la antepone á todas las otras virtudes, diciendo que ella es el mas excelente camino que hay para ir á Dios! Y no contento con esto, en un lugar dice (d) que la caridad es vínculo de perfeccion; en otro dice (e) que es fin de todos los mandamientos; en otro (f) que el que ama á su prójimo tiene cumplida la ley. Pues ¿qué mayores alabanzas se podian esperar de una virtud que estas? ¿Cuál es el hombre deseoso de saber con qué género de obras agradecerá á Dios, que no quede admirado y enamorado de esta virtud, y determinado de ordenar y enderezar todas sus obras á ella?

Pues aun queda sobre todo esto la Canónica de aquel tan grande amado y adorador de Cristo Sant Joan Evangelista, en la cual ninguna cosa mas repite, ni mas encarece, ni mas encomienda que esta virtud. Y lo que hizo en esta Epístola, eso mesmo dice su historia que hacia toda la vida (g). Y preguntado ¿por que tantas veces repetia esta sentencia? respondió que porque si esta debidamente se cumpliese, bastaba para nuestra salud.

(a) Math. 5. (b) Isai. 58. (c) 1. Cor. 13. Rom. 12. (d) Colos. 3. (e) 1. Tim. 4. (f) Rom. 13. Galat. 5. (g) Refere esto Sanct. Hier. c. 5. Epistola ad Galatas.

§. I.

De los officios de la caridad.

Segun esto el que de veras desea acertar á contentar á Dios, entienda que una de las cosas mas principales que para esto sirven, es el cumplimiento deste mandamiento de amor: con tanto que este amor no sea desnudo y seco, sino acompañado de todos los efectos y obras que del verdadero amor se suelen seguir; porque de otra manera no mereceria el nombre de amor, como lo significó el mesmo Evangelista, cuando dijo (h): Si alguno tuviere de los bienes deste mundo, y viendo á su prójimo en necesidad no le socorre; ¿cómo está la caridad de Dios en él? Hijuelos, no amemos con solas palabras; sino con obras y con verdad. Segun esto debajo deste nombre de amor (entre otras muchas obras) se encierran señaladamente estas seis: conviene saber, amar, aconsejar, socorrer, sufrir, perdonar, y edificar. Las cuales obras tienen tal conexion con la caridad, que el que mas tuviere dellas, tendrá mas caridad; y el que menos, menos. Porque algunos dicen que aman, y no pasa mas adelante este amor. Otros aman, y ayudan con avisos y buenos consejos; mas no echarán mano á la bolsa, ni abrirán el arca para socorrernos. Otros aman, y avisan, y socorren con lo que tienen; mas no sufren con paciencia las injurias, ni las flaquezas ajenas, ni cumplen con aquel consejo del Apóstol, que dice (i): Llevad cada uno la carga del otro, y así cumpliréis la ley de Cristo. Otros hay que sufren las injurias con paciencia, y no las perdonan con misericordia; y aunque dentro del corazon no tienen odio, no quieren mostrar buena cara en lo de fuera. Estos aunque aciertan en lo primero, todavia desfallecen en lo segundo, y no llegan á la perfeccion desta virtud. Otros hay que tienen todo esto; mas no edifican á sus prójimos con palabras y ejemplos: que es uno de los mas altos officios de la caridad. Pues segun esta orden podrá cada uno examinar cuánto tiene y cuánto le falta de la perfeccion desta virtud. Porque el que ama, podemos decir que está en el primer grado de caridad; el que ama y aconseja, en el segundo; el que ayuda, en el tercero; el que sufre, en el cuarto; el que perdona y sufre, en el quinto; y el que sobre todo esto edifica con sus palabras y buena vida, que es officio de varones perfectos y apostólicos, en el postrero.

Estos son los actos positivos ó afirmativos que encierra en sí la caridad: en que se declara lo que debemos hacer con el prójimo. Hay otros negativos, donde se declara lo que no debemos hacer, que son: No juzgar á nadie; no decir mal de nadie; no tocar en la hacienda, ni en la honra, ni en la mujer de nadie; no escandalizar con palabras injuriosas, ni descorteses, ni desentonadas á nadie, y mucho menos con malos ejemplos y consejos. Quien quiera que esto hiciere, cumplirá enteramente con todo lo que nos pide la perfeccion deste divino mandamiento.

Y si de todo esto quieres tener particular memoria, y comprehenderlo en una palabra, trabaja por tener (como ya dijimos) para con el prójimo corazon de madre, y así podrás cumplir enteramente con todo lo susodicho. Mira de la manera que una buena y cuerda madre ama á su hijo: cómo le avisa en sus peligros, cómo le acude en sus necesidades, cómo lleva todas sus faltas, unas veces sufriendolas con paciencia, otras castigándolas con justicia, otras disimulándolas y tapándolas con prudencia;

(h) 1. Joan. 3. (i) Galat. 6.